

hubieran querido administradores inteligentes y escépticos, poco preocupados de Júpiter y mucho de la paz pública.

¿Supo el emperador algo de estos lejanos sucesos? Puede dudarse: ni siquiera es seguro que hubiera conocido en los últimos años de su reinado la ejecución del griego Tolomeo y de otros dos cristianos, ordenada por el prefecto de Roma. Eran personas modestas que se habían entregado de suyo. Su suerte no interesaba á nadie y en aquel mundo tan duro, tan pródigo de la vida humana, un supli-



Faustina, mujer de Antonino (1)

cio no era un espectáculo bastante raro para que hiciera algún ruido en la ciudad.

A los golpes que los herían, contestaban los cristianos con sordas é irritantes amenazas. La Sibila no concedía á Antonino más que tres sucesores, y anunciaba para el año 195 la destrucción de Roma, de Italia y del imperio. «¡Oh! ¡cómo llorarás entonces despojada de tu espléndida laticlavia y vestida de luctuosa ropa, Roma orgullosa, hija del viejo Latino! Caerás para no levantarte, y desaparecerá la gloria de tus legiones de soberbias águilas. ¿Dónde estará tu fuerza? ¿Qué pueblo será tu aliado entre los que has sujetado á tus locuras?»

Al ver tanto odio reunido por las dos partes se comprende que entre la antigua y la nueva sociedad se había abierto un abismo adonde debían caer necesariamente víctimas.

Si sabemos mal lo que hizo Antonino como emperador, sabemos muy bien lo que hicieron después de él los enemigos del imperio. Ahora bien, ¿no debe ser Antonino responsable de una parte de las desgracias de Marco Aurelio? Su padre adoptivo le había preparado un reinado pacífico con la fuerte disciplina puesta en todo; ¿no legó á su sucesor muchos peligros con la dulzura de una administración que no inclinándose á castigar, cerraba los ojos y dejaba que todo se relajara?

Encontrando después de él sin disciplina las legiones, sin seguridad las fronteras, otra vez audaces y provocativos los

(1) Busto del Vaticano, encontrado en la villa Adriana.

partos, los bárbaros franqueando el Rin, el Danubio, los Alpes y llegando hasta Aquilea, en el camino de Roma, y hasta Elatea en el corazón de la Grecia, se tiene el derecho de creer que Antonino fué demasiado amante de su reposo, y que por complacer al senado, tuvo una conducta muy diferente de la que observara su predecesor. Jamás vieron los bárbaros recorrer detenidamente las fronteras para cerciorarse de que por la parte de Roma estaban bien guardadas y por la parte de afuera no se formaban entre los indígenas asociaciones amenazadoras, que debieran ser combatidas por la política ó por las armas. Jamás se presentó en medio de las legiones á examinar atentamente sus necesidades y su disciplina, á tomar parte en sus ejercicios, á mantener con su presencia sus virtudes bélicas. Inactivos detrás de los muros de sus campamentos, no sabían ya manejar las armas, ni soportar las fatigas, y será menester la cruel severidad de Avidio Casio para arrancar de la molición á los soldados, para extirpar en ellos los hábitos de los baños y de las peligrosas voluptuosidades de Dafne, para quitarles el gusto de las flores y las flores mismas con que se ceñían la frente en sus frecuentes festines.

Antonino llegaba á una avanzada edad; había cumplido ya setenta y cuatro años y sin tener ninguna enfermedad disminuían sus fuerzas, por lo cual se hacían rogativas en los templos por su salud. Lyon conserva un monumento destinado á recordar que, tres meses antes de la muerte del emperador, se había cumplido el gran sacrificio expiatorio de aquel tiempo, un *taurobolium*.

Pero en marzo del año 161, lo arrebató á la vida una fiebre de tres días. En el momento de expirar, dió por señal de servicio al tribuno de los guardias: *Æquanimitas*, tranquilidad de espíritu. Era morir como filósofo; pero ¿no puede ser que Antonino viviera siempre como murió?

Se ha hecho de él un marido complaciente y lo mismo se dijo de su sucesor: las dos Faustinas tienen muy mala reputación (2). Estas acusaciones son fáciles de hacer, difíciles de refutar; y parece que no pudiendo la malignidad vulnerar á los Antoninos, hubo de ensañarse contra las dos emperatrices. No saldré garante de su virtud; pero las acusaciones con que se les persigue desde hace diez y siete siglos son vagas ó absurdas, y no me parece que por resignación filosófica sufrieran sus respectivos esposos lo que se llama vergüenza de la familia imperial. No había solamente afecto en estas palabras de Antonino á Fronton, á propósito de la primera Faustina: «En el discurso que has consagrado á mi Faustina encuentro más verdad aun que elocuencia; porque así es ¡sí, por los dioses! preferiría vivir con ella en Giaros, á estar sin ella en el palacio (3).» Bajo estas palabras de amor, veo yo la estimación. Cuando poco después de su advenimiento (141) perdió á la madre de sus cuatro hijos,



Medallón de bronce de Faustina, madre

(2) *De hujus uxore multa dicta sunt ob nimiam libertatem et vendi facilitatem que ille cum animi dolore compressit* (Capitolino, *Anton.* 3). No veo que estas palabras indiquen el adulterio de Faustina. Este dolor de ánimo podía tener por causa ciertas apariencias y no precisamente actos culpables.

(3) Fronton *Epist. ad Ant. Pium*, p. 163, Naber. Giaros era una isla desierta y un lugar de deportación.

no quiso contraer otras nupcias (1) y según la costumbre imperial, le erigió un templo en Roma.

Pero cuando él mismo murió, pasando á la categoría de los dioses, para conservar el recuerdo de este mutuo amor, reunió el senado los restos de los dos esposos, consagrando el templo al dios *Antonino* y á la diosa *Faustina*. De este monumento quedan magníficas ruinas en San Lorenzo de Miranda, iglesia construída en el templo que era objeto de la admiración de los romanos.

Hizo más que dar á Faustina sacerdotisas y estatuas de oro; consagró su nombre con una fundación piadosa en favor «de las niñas *Faustinianas*.» Una medalla con la efigie de la emperatriz, muestra al reverso á Antonino rodeado de niñas, con estas palabras en el exergo: *Puelle Faustinianæ*; y hasta su muerte sostuvo y fomentó la institución de los llamados *Pueri alimentarii*, que salvaba á las familias pobres de la desesperación, evitando que recurrieran á la antigua y abominable costumbre de abandonar á los recién nacidos (2).

Cuando Antonino conoció que se acercaba el término fatal, el fin de su vida, hizo llevar la estatua de oro de la Victoria, que siempre estaba á la cabecera de la cama de los emperadores, á la habitación de su yerno é hijo adoptivo, *Marco Aurelio Antonino*, llamado el *Filósofo*.

II. — MARCO AURELIO

No nos engañe este título de filósofo. Vamos á pasar de un reinado tranquilo á una historia tempestuosa. En el interior del palacio Marco, por más que se diga, no tendrá necesidad de la paciencia de Sócrates ó de la imbecil ceguedad de Claudio; pero este amigo de los dioses y de la humanidad verá desencadenarse sobre el imperio todas las plagas, las inundaciones, la peste, el hambre; este príncipe pacífico vivirá en medio de guerras continuas, que costarán á las provincias innumerables cautivos, hechos por los bárbaros. El contraste entre los sentimientos del filósofo y la existencia del príncipe, da á la vida pública de Marco Aurelio un interés singularmente trágico.

Su familia era originaria del municipio de Súcubo (3) en España; pero él nació en Roma á 26 de abril de 121. Su abuelo, hecho patricio por Vespasiano, había sido dos veces cónsul y prefecto de la ciudad. Marco no tuvo infancia: desde la edad de doce años tomó el manto de los filósofos y mostró la austeridad del más severo estoico, trabajando sin descansar, comiendo poco y durmiendo en el suelo: Domicia Lucila, su madre, tuvo que extremar sus ruegos é instancias para hacerle con-

(1) Hay que decir, sin embargo, que según el uso romano, tomó una concubina (*Capit. Anton.* 8; Marco Aurelio, *Pensamientos*, I, 17, y Orelli, núm. 5466). Juliano en los *Césares*, 9, dice de él: «Hombre moderado, á no ser respecto de Venus.»

(2) Prueba de ello se tiene en las inscripciones de 149 (Cupra Montana), de 150 (Urbino) y en las medallas de los años 151, 160 y 161.

(3) La Ronda ó Súcubi (Súcubo ó Súcuba) en la provincia de Granada ó Córdoba. El nombre de este príncipe era Marco Annio Vero; después de su adopción se llamó Elio Aurelio Vero César; después de su advenimiento, Marco Aurelio Antonino Augusto.

sentir en usar un lecho en que se extendían algunas zaleas.

Después de su adopción por Antonino, á los diez y ocho años, continuó frecuentando á sus maestros; ya emperador les prodigó los honores y recompensas: muchos de ellos fueron cónsules; á otros les erigió estatuas. Colocó sus retratos en medio de sus dioses lares, y en los aniversarios de su muerte, iba á sacrificar en sus sepulcros, que siempre tuvo adornados de flores.

Uno de ellos, el filósofo Rústico, le había prestado el servicio de combatir el detestable gusto que Fronton hubo de inocular al principio en el ánimo de su discípulo, esas ligerezas y niñerías que se encuentran en las cartas de Marco Aurelio á su primer maestro. «He leído mucho esta maña-



Templo de Antonino y Faustina en Roma. (Restauración de Menager).

na, le escribía una vez, y encontrado diez imágenes ó asuntos de comparación.» Y otra vez: «Te envío una idea que he desarrollado esta mañana y un lugar común de ayer...; hoy me será difícil hacer otra cosa que el pensamiento de la tarde. Envíame tres pensamientos y diez lugares comunes.»

¿Qué educación para un príncipe! Más tarde decía él mismo: «Rústico me apartó de las falsas vías en que entraban los sofistas y de las afectadas elegancias de la retórica: débole no dar nunca á la ligera mi asentimiento á los hábiles discursistas; y él fué quien puso en mis manos los comentarios de Epicteto.»

Siendo débil su complexión, arregló minuciosamente su vida para no gastarla más pronto de lo que la naturaleza quería, y siguió las prescripciones de sus médicos, en cuyo número se encontraba Galeno, como una obligación que se le había impuesto de conservar á su alma la envoltura tem-

poral con que los dioses la habían revestido. Casto y sobrio, no conoció lo que se llama el placer; ó mejor dicho, encontró uno, superior á todos los otros, en el cumplimiento del deber, en aquel perpetuo estudio que hacía de sí mismo para elevarse á un alto grado de perfección. Marco Aurelio es el héroe moral de la antigüedad pagana.

Tenía un hermano de adopción, Lucio Aurelio Vero, hijo de aquel Elio Vero, á quien se había reservado al principio la sucesión de Adriano. En vez de retenerlo á media luz, casi en las sombras, en que este joven había vivido hasta entonces, hizo de él su colega y su yerno, de modo que el Estado tuvo por la primera vez dos dueños «aunque el senado no hubiera deferido el imperio más que á uno solo.» Por lo demás, Vero tomó el papel de un lugarteniente, no de un igual.

Y esto le convenía más, teniendo más afición á los placeres que al poder. Dicen que por él, volvió á ver Roma algunas de las livianas escenas de Nerón: las orgías en las tabernas de última clase; las riñas nocturnas en las calles; la profusión en los espectáculos, en el juego y los festines; hasta seis millones de sestercios gastados en un día: por fortuna no se habla de ninguna crueldad.

Por otra parte, la gravedad de Marco Aurelio lo reparaba todo, y cubría el honor de la casa imperial, que acaso corría menos peligros de los que se suponen.

En efecto, Fronton y Dion Casio dan una idea muy diferente de Lucio; y en una de sus cartas se felicita este príncipe de haber aprendido de su maestro la franqueza y el amor á la verdad más bien que la ciencia del bello lenguaje.

Los dos emperadores habían concedido á los ejércitos un donativo de feliz advenimiento, que montaba á una enorme suma á razón de 20,000 sestercios por plaza (1). Este rescate del imperio era una necesidad á que el mejor príncipe no podía sustraerse ya, y en el momento, un acto de prudencia, como quiera que Antonino había legado á su sucesor la guerra en todas las fronteras. Visiones amenazadoras turbaron sus últimos momentos. «En el delirio de la fiebre, dice su biógrafo, no hablaba más que de la república y de los reyes que querían saltarla.»

Y efectivamente, apenas se había extinguido en la ciudad el ruido de las fiestas celebradas por el advenimiento de los dos príncipes cuando supieron la invasión de los moros en España, turbada ya por una sublevación de los lusitanos. En la Galia, la sedición agitaba la Secuania; en Bretaña, recorrían el país los pictos y, cosa más grave, las legiones querían obligar á su jefe Estacio Prisco á tomar la púrpura imperial. En fin, del Oriente llegaban también noticias alarmantes. Vologeso hacía desde larga fecha preparativos de guerra; en 162, lanzó sus partos contra la Armenia, donde destruyeron todo un ejército romano, y contra la Siria, donde fueron vencidas las legiones: esta provincia

(1) Probablemente 20,000 sestercios (5,000 francos) á cada pretoriano; pero mucho menos á los legionarios.

estaba pues comprometida, amenazada Capadocia, abierta el Asia Menor, con todas sus riquezas, á los rápidos jinetes del gran rey.

Ante estos peligros, reveló Marco Aurelio tanta resolución como actividad. Llamado de Bretaña Estacio Prisco, á fin de que su desinterés no quedara allí expuesto á demasiado peligrosas tentaciones, fué sustituido por un jefe, cuyo nombre era de buen augurio para el mando en aquel país, Calpurnio Agrícola.

El mismo Estacio fué enviado á Capadocia, mientras otro general, de los más hábiles, formaba con gente escogida de las legiones del Danubio y del Rin, batallones de guerra (*vexillationes*), que condujo allí sin demora. Otro fué á rechazar á los catos, y el gobernador de la Bélgica, Didio Juliano, que hará tan triste emperador, aventó á los caucos de su provincia. En Roma fué recibido con honor el fugitivo rey de los armenios, y se le dió la laticlavia senatorial y el consulado: era una promesa de socorro. Grandes fuerzas se dirigieron al Oriente y Marco Aurelio quiso que su colega fuera también allá.

En vez de ponerse á la cabeza de la expedición con el juvenil ardor y la inexperiencia que habrían embarazado á los viejos generales, Vero, por orden de su hermano, permaneció en Antioquia para reunir las reservas y las provisiones, para vigilar y contener las provincias vecinas, mientras sus tenientes seguían adelante. El principal de ellos, Avidio Casio, era un sirio, hombre duro y ambicioso, que se decía descendiente del asesino de César; no le disgustaba que lo llamaran Catilina y hubiera querido que se le mirara á lo menos como un nuevo Mario. Era implacable cuando se trataba de disciplina. De expedición, nada de bagajes, y castigaba severamente á los que llevaban otra cosa que lardo, bizcocho y vinagre. Por una violencia cometida contra los habitantes de la provincia, atados los culpables por encima de una hoguera perecían asfixiados por el humo y abrasados por las llamas. A los desertores les hacía cortar las piernas.

Un día sorprenden los auxiliares un cuerpo de bárbaros y los destruyen, y por haber atacado sin orden, Casio hizo crucificar á los centuriones. «¿Quién os aseguraba que no era eso un lazo tendido por los bárbaros ni que el honor del ejército romano quedaría á salvo? Los ánimos se indignaron de esta severidad; la sedición estalla y el ejército entero en actitud hostil rodea el pretorio del general. Casio salió sin armas. «Matadme, dijo, y añadid este crimen al que habéis cometido ya quebrantando la disciplina.»



Vologeso III (anverso y reverso) (2)

Todo volvió al orden normal. Y el escritor de quien tomamos estos datos termina su narración con estas palabras: «Mereció ser temido porque no temía.»

Tal era el hombre que Marco Aurelio había dado por

(2) Por una cara, la cabeza de Vologeso III; detrás, B; en el reverso: ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΒΑΣΙΛΕΩΝ ΑΡΣΑΚΟΥ ΟΥΛΑΡΑΣΟΥ ΔΙΚΑΙΟΥ ΕΠΙΦΑΝΟΥΣ ΦΙΛΕΛΛΗΝΟΣ. Tetradracma del rey de los reyes, Arsaces Vologeso, el justo, el ilustre, el amigo de los griegos. Sentado Vologeso, recibe de la ciudad un cetro. Moneda de plata. Los partos no acuñaban moneda de oro.

teniente á su hermano y convenía que fuera á la cabeza de las tropas. «Le he confiado, escribía á un prefecto, estas legiones de Siria, que viven en las delicias de Dafne. Tú lo conoces: tiene toda la severidad de aquellos cuyo nombre lleva, y él restablecerá la antigua disciplina sin la cual no hay ejército. Recordarás este verso de nuestro antiguo poeta: Por las antiguas costumbres y los que las siguen se conserva la república. Asegura bien las provisiones y él sabrá utilizarlas.»

Y el prefecto le contestó: «La elección es excelente, pero aquellos soldados necesitaban un jefe severo, capaz de cerrarles las puertas de las termas y arrancarles las flores con que se adornan la cabeza, el cuello y el pecho.»

El día siguiente de su llegada hizo anunciar Casio á son de trompeta que el soldado que se viera en Dafne sería ignominiosamente degradado, y arrojó del campamento todo lo que tenía apariencias de lujo ó favorecía la molición. Ejercicios continuos, revistas frecuentes, no de aparato, sino de severa inspección, y la amenaza de mantener todo el invierno el ejército bajo las tiendas de campaña, devolvieron en poco tiempo á aquellas afeminadas tropas el aspecto de las viejas legiones, y Casio, dueño de ellas, tomó la ofensiva.

Ignoramos los incidentes de esta guerra, que parece haber durado cuatro años y haberse extendido á lo largo de la frontera oriental desde el Euxino hasta el golfo Pérsico. Se habla de numerosos triunfos obtenidos por los romanos, de la toma de Artaxata, principal fortaleza de la Armenia, cuyo rey entró en sus Estados como vasallo de Roma, y de una gran victoria cerca de Zeugma á orillas del Eufrates, que abrió á las legiones el imperio pártico.

Fué como una renovación de la expedición de Trajano: los mismos triunfos, las mismas conquistas; la del Norte de Mesopotamia con Edesa y Nisibe, invasión de la Asiria y de la Media, toma de Tesifonte é incendio del palacio del rey, destrucción de Seleucia después de inmensa carnicería en sus habitantes; pero el mismo éxito agravado por el hambre, la sed y la muerte de gran número de soldados. ¿Había tomado Casio mejores disposiciones que Trajano, ó la guerra de exterminio hecha á los judíos por Adriano había aniquilado una de las causas más activas de rebelión en aquellas regiones?

No se sabe; pero Vologeso pidió la paz (165) que había rechazado desdeñosamente antes de romperse las hostilidades; y cedió la parte setentrional de la Mesopotamia, que los romanos conservaban aún á fines del reinado de Cómodo. Con esta adquisición, la única que importaba hacer al oriente del Eufrates, su influencia en Armenia, donde reinaba ahora su vasallo, quedaba consolidada. Ya se ha visto cómo desde aquí tenían en amago por medio de los armenios sus aliados, á los pueblos del Cáucaso, y por sí mismo el imperio de los partos.

Los dos emperadores celebraron un triunfo en que tomaron los títulos de Párticos, Arménicos y Médicos.

Estas victorias resonaron muy lejos en Asia, y el comercio romano aprovechó la ocasión para extender sus relaciones. Los anales chinos mencionan por este tiempo una embajada enviada por un emperador Antonino al Hijo del Cielo. Estos embajadores, desconocidos de los escritores romanos, eran según toda apariencia, algunos negociantes que en un interés de comercio, hubieron de atribuirse un carácter político. A cambio de colmillos de elefante, de cuernos de rinoceronte, de conchas de tortuga, y otros objetos ofrecidos á Huang-Ti, recibieron mucha seda, que vendían en el imperio á peso de oro.

Durante la guerra pártica, Marco Aurelio había permanecido en el centro del imperio, á fin de proveer rápidamente

te á todas las necesidades. Había mostrado mucha deferencia á los senadores, volviendo del fondo de la Campania para no faltar á ninguna de sus sesiones y sin salir de la curia hasta que el cónsul pronunciaba la antigua fórmula: «Padres conscriptos, no tenemos más que proponeros.»

Como todos los emperadores que tomaban como cosa grave sus funciones, llenó exactamente su cargo de hacer justicia: escuchaba á las partes, decidía según derecho y equidad, sin precipitación ni retardo; y para que los jueces obraran como él, los obligó á juzgar doscientos treinta días al año.

La sociedad antigua tenía odio y cólera contra el culpable, y se vengaba torturándolo; necesitaba suplicios y dolores, una lenta y cruel agonía. Por instinto de clemencia, más bien que por principio reflexivo de interés social, hubo de entrever

Marco Aurelio la doctrina moderna del castigo aplicado de manera que sirva á la corrección y enmienda del culpable. «Debemos, decía, procurar por el castigo remover el bien que á menudo se oculta en el fondo del corazón de los culpables.» Suavizó las penas sin debilidad para el crimen; pero con mucha severidad para con los delatores convictos de calumnia. Recomendó la humanidad: en los casos dudosos, pronunciara el juez la sentencia más blanda ó menos dura (1); quiso, como Adriano, que los gobernadores que entendieran de una acusación procuraran depurar el hecho, pero también la intención, porque la voluntad de hacer daño es lo que constituye al criminal. Un hijo mata á su madre, pero se sospecha que obró bajo la influencia de un acceso de enajenación mental.

Consultado Marco Aurelio, contestó: «Será bastante castigado por su propio mal. Sin embargo, por su propia seguridad y por la de los demás, póngase bajo la guarda de los suyos en su propia casa. Estos custodios de los locos deben cuidar de que estos desgraciados no hagan nada contra sí mismos ni contra los demás. Si lo hicieren, no á ellos, sino á sus custodios se debe castigar.»

Decía también: «No debemos irritarnos contra los malos; al contrario, es preciso tener cuidado de ellos y sufrílos con dulzura. Si puedes, corrígelos; en el caso contrario, acuérdate que se te ha dado la benevolencia para que la ejerzas con ellos (3).»

Adriano había repartido la administración de Italia en

(1) ... *Humanior sententia a pratore eligenda est. Hoc ex D. Marci rescripto colligi potest.* Esto vino á ser un principio entre los juriconsultos, que se encuentra en los fragmentos de Paulo, Ulpiano, Gayo, Marcelo, etc. Dig. XXVIII, 5, 84; XXXIV, 5, 10, § 1; L, 17, 56: *Semper in dubiis benigniora preferenda sunt.*

(2) Museo Pio Clem. Galería, núm. 420.

(3) Pensamientos, IX, 3 y 11.



Lucio Vero, joven (2)